

Núm. II.

30 ABRIL 1886.

Tomo I.

LA ILUSTRACION

DE

LOGROÑO

DIRECTOR

Don Ildefonso Sicilia

ESCRITORES

D. Ildefonso Zúbia.—D. Galo Gomez de Segura

D. Amós Salvador y Rodrigañez.

D. Pedro Font.

SUMARIO

Los Dioses de la Tierra, por D. EMILIO CASTELAR.—

Historia de una pavesa, por D. JACOBO SAN MARTIN.

—Apuntes para una historia del Teatro Español Antiquo. Antonio Enriquez Gomez, por D. FERMIN HERRAN.—

Crónica local, por EL PADRE CASTO.

Administracion

LIBRERIA DE D. RICARDO M. MERINO—PORTALES 90

Logroño.

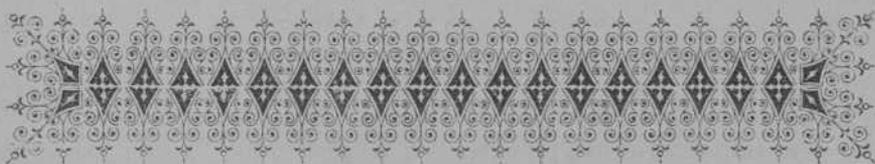
1886.

IMPRENTA DE LA ILUSTRACION DE LOGROÑO.

DON MARCO ANTONIO DIAZ DE CERIO

Especialista en enfermedades de la
piel y sifilíticas.

Gabinete de consulta Reyes, 8, 3.º



LOS DIOSES DE LA TIERRA



STAMOS en plena Campania, y por Agosto del año catorce de las edades cristianas. El calor era sofocante, como debía suceder en las regiones meridionales de Italia y sucede en nuestros reinos de Andalucía y Valencia. El viejo Augusto espiraba á los setenta y seis años de edad, á los cincuenta de próspero, y no disputado imperio. Había llevado la paz y el orden sobre Roma, pero arrancándole todas sus libertades. Así dejaba una sociedad y no dejaba hombres para componerla y sustentarla. Cuando el resorte moral de la libertad se pierde, los ciudadanos sólo se mueven, como las masas de materia bruta, en los espacios por el resorte mecánico de la fuerza. Y la tiranía mostraba en la hora suprema de agonizar el tirano toda su irremediable impotencia. Mientras el hombre pudiera matarse á sí mismo, quedábale á la libertad de los romanos algun refugio: el supremo y sublime á que habian acudido Bruto y Caton. Mientras el tirano pudiera morir, estaba tocada de muerte tambien la tiranía. Inútilmente se multiplicaban los templos y se reunían los sacerdotes y se quemaban sobre las aras toda suerte de inciensos; el César no era Dios, puesto que no podia superar las olas del tiempo, cuyos torbellinos á todos nos arras-

tran juntamente, ni vencer á la Naturaleza, ni sustraerse á la implacable igualdad de la muerte. Así Augusto, que había visto su divinización universalmente aceptada por aquellos pueblos, pura materia en la cual sólo ejercía su imperio la pura fuerza, dolorido, apenado, exhausto, á la hora de su último trance burlábase un tanto de sí mismo, y mucho, muchísimo de sus devotos: que nada hay tan despreciable á los ojos de los opresores como la baja de los oprimidos.

Mientras Augusto vivió, todo anduvo bien, porque supo satisfacer la universal necesidad de reposo. Pero en cuanto Augusto se moría, los tímidos temblaban por la incertidumbre de su suerte; los patriotas advertían cuántos peligros se encierra en todo despotismo para la pátria; volvíanse los agradecidos y no desmemoriados al recuerdo de las virtudes antiguas y de las instituciones republicanas; experimentaban todos la inclinación universal en nuestra especie hácia el más preciado de los bienes, hácia la libertad. Los jóvenes epicúreos á quienes el deleite de los sentidos apartara de los goces del alma; y los viejos estoicos muertos en vida por el hielo moral de la indiferencia; y los sobrevivientes de las guerras civiles, tan anhelosos de paz y tan resignados á tenerla en la servidumbre; y los plebeyos, divertidos por las fiestas del circo y alimentados por los dispendios de la *Annona*, nobles aunque pobres ciudadanos de la República en otro tiempo, y á la sazón animales domésticos del pródigo César, todos sentían á una en la crisis última y en el último trance de la augusta existencia cuánto daño trae el poner la vida de los pueblos en las frágiles manos de un hombre, sujeto á las enfermedades y á la muerte.

El buen Emperador, que tanto denostara á Antonio por la pasión á Cleopatra, cayó á su vez en todo el tiempo de su reinado bajo la tutela de una mujer, bella, sí, inteligente, sí, pero no hechicera, ni maga, ni divina, ni rodeada de los prestigios del trono, ni ardiendo en las llamas del placer, sino fría, rígida, severa, incapaz de corrupción, porque también era incapaz de amor, ocupada sólo de sus ambiciones, y queriendo satisfacerlas en la persona de su hijo, merced á ella adoptado y reconocido como sucesor en la suprema autoridad, aunque sospechoso y temible para todo el mundo, pues sólo siniestros presentimientos engendraba el glacial y sombrío Tiberio. Cuando, en aquel viaje por Campania después

de haber reconocido Bayas y Puzzoli, habitado Capri, saludado á Parthenope, Augusto llegó á Nola, sintióse tan mal que hubo necesidad de detenerse y aguardar allí, ó el alivio, ó la muerte. Nola está hoy unida á Nápoles por un trayecto de vía férrea que cuenta treinta y siete kilómetros. Es ciudad antiquísima y ha conservado, como Capua, su primitivo nombre, segun unos etrusco, y griego segun otros. En aquel tiempo, los numerosos habitantes de Nola, y los fuertes muros en los cuales se estrellara la cólera de Annibal, y las magníficas doce puertas, y los preciosísimos vasos cocidos y pintados á la usanza griega, dábanle universal renombre. Para Augusto, en el estado de ánimo á que lo condenaba su estado, tenia una particularidad especialísima, á saber: que allí mismo habia muerto su padre; y así que bajó de la litera, dió orden de que lo llevaran á la misma habitacion y arreglaran el lecho en el mismo sitio donde el autor de sus dias pasó de este al otro mundo.

En cuanto Augusto se encierra, Livia se sienta á los piés de su cama. Esta matrona es la imágen exacta de la ambicion devorando la conciencia. En su sentir, todo debe intentarse para dominar y guardar la dominacion, y sobre todo, debe intentarse el crimen. Los súbditos sirven de alimento al poderoso, á la manera que los animales inferiores sirven de alimento al hombre. Y así como no sentimos ningun remordimiento cuando nos regalamos con sabroso cordero, en cuyo corazon sensible é inocente hemos clavado el cuchillo de la cocina, sin curarnos de los plañideros balidos, ni de de las tiernas miradas del pobre animal, no debemos sentir tampoco remordimientos al sacrificar los destinados para alimentar con sus despojos las grandes almas y para mover con su saugre las fuertes é imperiosas voluntades. Cuarenta años hace que Livia está casada con Augusto. Y en el trance de la agonía no se acuerda, de conservar el esposo, si no de conservar el poder. Le pasa la mano por la frente, le toma el pulso, le inspecciona la lengua, no por el temor de quedarse viuda, y en la tristeza de la viudez, sino por el temor de quedarse sin el Imperio, y en la humildad de un sencillo hogar. No siente que se vaya el marido, sino que se vaya el Emperador. Y siente que se vaya el Emperador, porque con él se va tambien su propio Imperio. Así el único pensamiento que la embarga es recoger la autoridad exha-

lada con el último suspiro de aquella vida augusta, y vincularla por algún medio en su persona, dándole el nombre y la corona de Emperador á su hijo Tiberio, y reteniendo por ende en sí toda la magestad del Imperio.

Pertenecía Livia á la familia preclara de los Claudios, y estuvo casada con orgulloso patricio. El amor de Augusto fué tan impetuoso, que la arrancó en arbitrario divorcio á su primer marido, y se unió con ella por solemne matrimonio, aunque embarazada, y hasta adelantadísima en su embarazo. El padre recibió su hijo tres meses despues de haberlo parido una mujer que ya no le pertenecía. En cuanto Livia entró en la casa imperial, contituyose en genio y en oráculo político del Emperador. Así imitaba las virtudes austeras de las primitivas matronas romanas para oprimir mejor á sus degenerados descendientes; odiaba el excesivo lujo de su tiempo, vistiendo por consiguiente siempre de lana, é hilando con su propia mano los vestidos de su esposo. Ni el lujo podía seducir ni el amor halagar á mujer embargada por el sentimiento de la más desapoderada ambicion. Todo cuanto se apartaba de mandar á los pueblos, dirigirlos, gobernarlos, pareciale indigno de su rango. Así los placeres, las fiestas, los vicios, los amores, los desórdenes pasaban á sus piés sin tocar jamás en aquella su frente coronada como las alturas del planeta por los hielos eternos. Fria á todas las seducciones de los sentidos, inaccesible á todas las tempestades del amor, sin más mira que el propio engrandecimiento, sin más fin que mandar, no sólo cerraba los ojos á las infidelidades varias de su marido, sino que las facilitaba, encontrando en ellas medios é instrumentos de poder y de imperio. Los celos son los compañeros del amor, y en aquel corazon empedernido y cerrado á todo fuego sólo se deslizaban, como frias serpientes, los recelos de la ambicion. Crecer en influencia, subir á las cimas de la tierra, ver desde las alturas vertiginosas el pueblo sometido y encorvado, dominar el planeta he ahí el blanco de todos sus deseos. Pertenecía á su sexo únicamente en lo flexible que era para acomodarse á las circunstancias y en lo paciente para aguardar su hora. Escondía sus garras en las preseas de mujer, como la tigre ó la gata en la aterciopelada finura de su piel, y las sacaba cuando podía sin riesgo alguno hundirlas en las entrañas de sus víctimas. Ulyses con faldas la llamaba uno de sus nietos.

Hábil y diestramente atravesó todos los bajíos y burló todos los escollos sembrados en su posición difícilísima, hasta apoderarse completamente de Augusto, y por Augusto, del mundo. Era ambiciosa con vehemencia, pero también disimulada con estudio, y astuta con perversidad, y artera con destreza, compitiendo en ella la audacia de los fines con la hipocresía de los medios y el súbito golpe de las resoluciones con la tortuosa y larguísima preparación empleada en todos sus atentados.

Por los museos de Roma, de Nápoles, de Viena, de París encontrareis medallas, ó bustos, ó estatuas que la representen; y en todas esas efigies podeis admirar su cabellera ondulada y su peinado magestuoso; la fría impenetrabilidad de su frente serena; la robustez de su cuello, torneado á maravilla; las dos barbas que señalan con cierta crasitud agradable cierta madurez en las ideas y en los sentimientos; los ojos, aunque algo saltones, de un prestigioso poder sobre cuantos los contemplan; la nariz mediana y un poco arremangada, única facción que manifiesta lo siniestro de sus afectos y lo duro de sus resoluciones; los narigales angostos, y la boca cerrada firmemente cual si la contrajera el propósito deliberado del disimulo y del silencio; la apostura gallarda é imperiosa como todos los habituados á ejercer de antiguo la dominación sobre la tierra; en fin, la mezcla de clarísima inteligencia con perversion irremediable; una Eumenide roncando sordamente bajo la fría y mámorea majestad de una diosa.

Campean, sobre todo, en aquel rostro facciones que patentizan la fuerza de su temperamento viril y la energía concentrada de su carácter implacable; los labios delgados y contraídos, antes dispuestos á callarse que á hablar; la nariz, algo semejante al hocico de la hiena abreviado; la barba ancha, cuya amplitud es una gran base para sustentar aquella espaciosa frente llena de firmezas. ¡Oh! La mujer está destinada á los afectos dulces y tiernos. Sus palabras deben de ser una gota de miel en las amarguras de la vida; su sonrisa, un rosado crepúsculo brillando sobre las sinuosidades oscuras de la inteligencia; su mirar, el casto rayo de luna sin mancha penetrando hasta los abismos de nuestro corazón y ciniendo de su aureola melancólica y santa todas nuestras febriles y exaltadas pasiones.

Moderar los ímpetus demasiado fuertes del hombre; herir con

afectos tiernos su corazón, despedazado por exaltadas pasiones: atraer la ambición sin límites al estrecho pero venturoso nido del hogar; tal debe ser su angélico ministerio en la sociedad. Esas alas tan bellas se tronchan al viento que vibra por las alturas inaccesibles de la ambición y del poder. Ese pecho jamás sentirá la frialdad de la razón de Estado. Lo bello, lo tierno, lo gracioso, forman otros tantos círculos donde su natural hermosura se engarza como en su centro de gravedad. Mas por lo mismo que la mujer es así, tan dulce, tan pura, tan delicada, cuando la ambición se desliza en su ánimo, tórnase esta pasión en sentimiento más ciego, más impetuoso, más vehemente que la ambición de los hombres. El amor para que ha nacido se pierde, y tornan los anhelos de poder y de dominación toda la fuerza creadora y toda la ceguera sublime del amor. Así el gran psicólogo de la literatura moderna ha pintado en lady Macbeth los excesos de la ambición desapoderada y fría. Tal era Livia. Sin mandar, no concebía la vida. Cuarenta años de gobierno ¡ah! no la habían hastiado de este peligroso ejercicio, que se presentaba á la vejez con todas las seducciones imaginables. Para ella, pues, vivir equivalía á imperar, é imperar á vivir. Fuera del poder, sólo concebía el sepulcro. Mientras Augusto viviera, estaba segura de ejercer sobre Augusto su imperio, y de asegurar por tanto la propia fortuna. Pero muerto Augusto, los sucesores la condenarían al alejamiento del poder, al destierro de Roma, quizá á la muerte. En tanto esperó sucesión, esperó también que el hijo de la mujer más amada en el hogar, sería el adoptado y preferido para el Imperio, pues todos cuanto ejercen la tiranía de cerca ó de lejos, saben muy bien como intentan los tiranos siempre amoldar el mundo y amoldar la humanidad á su propia imagen y semejanza, á guía de dioses. Pero cuando pasaron los años, vino la ancianidad y se desvanecieron las esperanzas de sucesión directa, Livia sólo tuvo entónces un pensamiento: elevar al trono el hijo de su primer matrimonio, y para realizar este pensamiento sólo tuvo un propósito: suprimir la familia del segundo marido, suprimir la familia de Augusto. ¡Cuántos crímenes en los santuarios del despotismo! Divinizad al hombre y lo vereis convertirse en bestia.

¡Cuántos crímenes, repito, en los palacios del despotismo! Suprimís la libertad que es la luz, y viene la noche. Y en el seno de la noche se arrastran aves carniceras, reptiles inmundos, los hijos na-

turales de las tinieblas. A las competencias del Foro suceden las competencias del salon; á los debates las intrigas; á los retos en el comicio ó en el Senado, las maniobras cortesanas; á los tribunos del pueblo, los favoritos del tirano; á la vida, tempestuosa muchas veces y agitadísima, la paz, sí, pero la paz de los sepulcros. No hay los peligros de las elecciones, pero hay los peligros todavía mayores de la herencia. No hay aire, y por consiguiente no hay vientos ni huracanes, pero tampoco respiracion posible. En la oscuridad se desliza el crimen. Apenas Augusto funda el despotismo, trae con él todos los horrores de esa cuestion de las herencias, en cuyo seno se encierra el nefacto principio y la raíz venenosa de las castas. Livia personificaba todos los peligros de la herencia cesárea, teniendo toda la perversidad posible en la naturaleza humana. Llegar al poder por la herencia y asegurar la herencia por el crimen, era todo su pensamiento. Así, como ya hemos dicho, al llegar á la vejez, volvió los ojos la implacable matrona á la familia imperial, y se propuso sustituírle su propia familia, aun á riesgo de perpetrar los mayores crímenes. El Emperador no tenía hijos varones, pero tenía nietos, muchos nietos. Todos caerán segados por la guadaña de Livia, terrible y glacial como la muerte. Obstáculos á su ambicion serán vencidos; muros entre el poder y sus ávidas manos serán friamente derribados. Los más odiados serán los más cercanos. Así, Julia, hija de Augusto, dotada de inteligencia y de gracia, centro de la buena sociedad romana, Julia parecía como el reverso de Livia; sencilla ésta, y aquella lujosa; austerísima ésta, y aquella sensual; ésta casera y aquella mundana; pensando siempre la esposa del Emperador en la política y la hija en los placeres; la esposa en satisfacer su ambicion, y la hija en saciar sus sentidos.

Y Augusto pretendía que fuera su Julia un modelo de severidad en la vida y un ejemplo de virtud en el mundo. Habíase propuesto sustituír al vigor de las libertades perdidas el vigor de las costumbres sanas, ignorando sin duda que no hay virtudes privadas donde no puede haber dignidad pública. Y sus leyes tiraban á rehacer el matrimonio, quebrantado por las guerras civiles, y á reorganizar la familia, completamente destrozada. Para cumplir su fin necesitaba que le ayudasen sus parientes, y antes que todos, Julia, su hija Julia. Así la reconvino un dia que armó mucho ruido en el teatro con sus risas y sus ademanes; y otro dia que se presentó en

palacio con trage oriental; y otro día que se arrancó los cabellos blancos para fingir más juventud y hermosura, prohibiéndole terminantemente emplear cosméticos en su persona, y malgastar el tiempo en fiestas y devaneos, Julia iba, pues, á las cortas veladas de su padre, en trage sencillísimo, é hilaba lana con la severidad de las antiguas matronas. Pero en cuanto su padre, abrumado por los trabajos diarios, rendido por el escesivo madrugar, se metía en su cuarto y se acostaba en su cama, tornábase á su palacio Julia, y en el palacio se daba á los goces más desordenados, á las cenas más babilónicas, á las orgías más voluptuosas, á las fiestas y los saraos más orientales, á todas las embriagueces de los sentidos, en compañía de todos los nobles perdidos y de todos los jóvenes epicureos. Cuando el sueño venía sobre la Ciudad Eterna, cuando estaban desiertas sus calles, al amparo de las sombras, salían en tropel, como bandadas de bacantes, Julia y los suyos, interrumpían el sueño de los romanos con canciones voluptuosas y con besos ardientes, consumaban bestiales ayuntamientos á las puertas de los templos y ante el ara de los dioses, é iban á la Tribuna de los Rostros á dejar en la estatua de Marsyas, junto á ésta tribuna erigida, tantas coronas como tragos habían apurado de su protervo amor. La Tribuna de los Rostros, el cerebro de la tierra, el pedestal de la libertad, el núcleo de las ideas, el luminar de la conciencia, el santuario de la República y la voz eterna de Roma, el ara sagrada de la elocuencia; aquel santo lugar alzado en el Foro, que había visto pasar por sus cimas desde la virtud de los Gracos hasta la palabra de Ciceron, ¡oh! servía en la edad imperial de lecho á una prostituta y á sus impuros mancebos.

Los vicios de Julia quedaban ocultos á los ojos de su padre. ¿Quién podía darle ese disgusto? Livia, que los espiaba y los sabía, era demasiado hábil para revelarlos inoportunamente. No perdía la emperatriz sus tiempos en cosas inútiles. Recogía pruebas, amontonaba hechos, seguía su proceso; pero aguardando con serena calma la hora suprema de una revelacion provechosa á sus maduros planes. Julia, despues de todo, había sido corrompida por su propio padre, que la casara con cuantos exigía la razon de Estado. Era necesario tener al triunviro Antonio sometido, pues casamiento de Julia con un hijo de Antonio que se llamaba Antyllo. Era necesario asegurar en la familia de César la herencia impe-

rial, pues casamiento de Julia con su primo hermano Marcelo, hijo de Octavia, hermano de Augusto. Era necesario tener, perdido Antonio y muerto Marcelo, un gran general á la devoción del imperio, capaz de heredar al Emperador y de sustituirlo con gloria, pues casamiento de Julia con el general Agripa. Era necesario que la familia de Livia cobrase un gran poder en la corte y en la política, pues casamiento de Julia con Tiberio, el primogénito de Livia. No tenía, pues, Augusto derecho á quejarse de la corrupción de su hija, cuando él mismo la habia prostituido. Al sacrificarla á la razon de Estado, al hacerla botin y despojo de todas sus huellas políticas, al convertirla en ciego instrumento de su imperio, al pasarla de lecho en lecho, sin consultar jamás su voluntad, sin oir los latidos de su corazon, como si fuera una estãtua privada de vida, y sujeta á cruzar los palacios de los que la habian comprado por alguna merced, Augusto apagó la naturaleza, la conciencia, el pudor en su hija, y la dejó entregada á todos los apetitos de la más grosera sensualidad. El matrimonio era ya para ella una prostitucion; la santa maternidad, un oficio; el corazon, un cortesano que se ataba al hombre y al lecho designados, no por el amor, sino por el Estado. De tales errores sólomente pueden brotar males y una completa perversion de la voluntad y de la conciencia. Julia no se satisfacía con los maridos que le decretaba su padre, é iba en pos de los amantes que le señalaba su capricho. Veinte años vivió esta vida, y en veinte años nada supo Augusto. Pero un día Livia comprendió que se acercaba la hora de dar un golpe decisivo. Julia estaba con Tiberio designada á heredar el poder supremo. Livia necesitaba que lo heredara en verdad Tiberio, mas para compartirlo con ella, con la madre, no con la esposa. Luego Julia tenía tres hijos, y era fácil que en algun momento su ternura de hija y su amor de madre cambiasen el testamento de Augusto y arrancaran la herencia del Imperio para cualquiera de sus cachorros. Perdida Julia, se perdía con ella las más temible aspirante al Imperio, y la más poderosa rivalidad en la herencia. Pues á perderla. Y la mujer que parecia de su entenada amorosa madre, se convirtió bien pronto en implacable madrasta.

Livia se fué una mañana al cuarto de su esposo, y le reveló todas las infamias de Julia. Constituido el Emperador por un voto

del Senado en maestro de las costumbres, acababa de subir á la Tribuna de los Rostros para promulgar desde allí una ley favorable á la Santidad del matrimonio; y en la noche de aquel dia solemne, presagio seguro de una restauracion en las antiguas virtudes romanas, Julia congregaba sus adoradores y conspuía la Tribuna con sus escándalos, hiriendo la megilla de su padre y faltando á la majestad de su estirpe. En cuanto Augusto supo tal perversidad, Augusto se creyó perdido. Si no era su familia, la primer familia del mundo, lo mismo en virtud que en inteligencia, no merecía el poder supremo y la suprema autoridad en la tierra. Los vapores de la maldad de su hija empañaban la frente del padre. La ciudad entera se iba á reir de su ignorancia y á tomarla por complicidad. Si no sabía cuanto pasaba en su palacio ¿cómo iba á saber cuanto pasaba en las remotas regiones de su Imperio? Y si lo sabía y lo callaba, tambien él era un epicúreo, un gangrenado, un vicioso. Augusto se creyó perdido para siempre. A estos temores se unieron las ponzoñosas revelaciones de la hábil madrastra. La casa de Julia era una casa de oposicion al Imperio. Se recitaban arengas en que latían argumentos contra los taimados y los dobles de carácter; se recitaban tambien versos en que se ridiculizaban los escrúpulos del César, no admitiendo el título de dictador, cuando ejercia la dictadura más poderosa y más extensa. Se viciaba la descendencia imperial, porque se corrompía á los nietos del emperador. La hija mayor de Julia, llamada tambien como su madre en memoria de César, habia sido prostituida al poeta Ovidio, que compusiera en su loor, libros y versos escandalosos. Hasta se llegó con alguna de aquellas confabulaciones, entre eróticas y políticas, á tramar el asesinato de Augusto, á fin de poner más seguramente el lecho de todos los placeres sobre las espaldas del Imperio.

Augusto se encerró en su cuarto como en frio sepulcro. Los ojos se le arrasaban de lágrimas, y los suspiros le partían en mil pedazos el pecho. «Para ser feliz,—esclamaba á cada momento,—para gobernar con autoridad la tierra, ni debí casarme, ni debí tener hijos.» Su reconcentrada ira estalló al cabo. Toda la casa de Julia fué registrada, todos sus papeles revisados, todos sus amantes detenidos ó presos, todos sus esclavos y libertos cuestionados en los potros del tormento. Los murmuradores decían que si Augusto

desterraba á cuantos compartieron los favores de Julia, bien pronto iban á poblarse de desterrados todas las islas en todos los mares conocidos, y á convertirse en verdadero desierto las calles romanas. Febus, liberto de la desgraciada princesa, fué cercado de tal manera por las repetidas preguntas y cuestiones de Augusto, que no sabiendo cómo salir de su apuro, se ahorcó. Un nieto de Antonio, amante tambien de la hija de Augusto, se traspasó el corazon de parte á parte con su espada. El Emperador escribió una memoria sobre todos estos hechos, y la presentó al Senado, sin curarse de las consecuencias terribles á su nombre y á su familia que pudiera traer este recurso. Imposibilitado ya de retroceder en su camino, confinó su Julia á la isla Pandataria, donde no dejaba acercarse ninguna persona viviente, y mucho ménos ningun hombre. Si por acaso la infeliz necesitaba un médico, debia ser autorizado por el Emperador, que ántes se enteraba minuciosamente de su edad, de sus condiciones, de su estado, de sus señas, de su presencia, de cuanto pudiera tentar la furiosa lascivia de Julia. Y la que ornó á Roma, cayó en la soledad del desierto; la que compartió las grandezas del Imperio, cayó en terrible abandono, hasta morir de hambre y de miseria.

Derribado este primer obstáculo, ya era fácil derribar todos los otros. Pueden los nietos ganar el corazon de su abuelo, y hacer olvidar con sus gracias las desgracias de Julia. Pues desaparecerán los nietos tambien. ¿Qué obstáculo material ni qué remordimiento moral bastaban á impedirlo? Livia habia sacrificado al jóven Marcelo, sobrino de Augusto, cantado por Virgilio, hijo de la dulce Octavia, aquella mujer que en tiempo del triunvirato se interpusiera en los ódios de los triunviros como númen de paz y como génio de reconciliacion y de armonía. Marcelo, delicia de su tío, esperanza del Imperio, objeto de culto para toda la sociedad romana, se extinguió á los veinte años, de una manera misteriosa, cuando lo exentaban de la edad exigida para el pontificado y el tribunado, y lo designaban así á la sucesion inmediata en la suprema autoridad imperial. Durante su enfermedad hay un seguro indicio de su muerte. El médico que curaba á Marcelo era el mismo médico de Livia. Y con la muerte de Marcelo, esta furia ha quitado un competidor temible á su hijo en la herencia, y se ha quitado asimismo una rival terrible en la amistad del César; porque con

la muerte del adorado jóven aleja á la hermana de Augusto, á la virtuosa Octavia, de la corte y de sus ambiciones, y la lleva á esperar en el dolor y el llanto la hora señalada por el destino para reunirse con el fruto de sus entrañas en los Eliseos Campos. Y así desaparecerán todos cuantos tengan que ver algo con la herencia de Augusto.

Nadie puede explicarse la muerte de Agripa en la flor de la salud y de los años; Agripa, yerno del Emperador, su general, su ministro, su heredero. Y nadie tampoco la muerte de los nietos de Augusto. Lucio César se extingue de una enfermedad misteriosa en Marsella. Cayo César recibe una ligera rozadura de débil flecha en las guerras asiáticas, y sucumbe, no al dolor de su herida, á las curas de Lolio, amigo íntimo de Livia. Ya sólo queda Posthumo, único náufrago en aquella tormenta, único sobreviviente de la muerte universal que en los herederos del Imperio terriblemente se encarniza y se ceba. Livia emponzoña el ánimo del abuelo en tales términos contra el nieto, que le envía á Soerrento y luego á una isla desierta, á pesar de ser último vástago de la familia augusta. Por manera que heredar el nombre de César, recibir en la sangre la autoridad y el Imperio, llevar en las venas el privilegio del gobierno sobre la humanidad, pertenecer á una casta de dioses que tendrán súbditos y cortesanos, adoradores y templos, lejos de ser un título para vivir, es un motivo para tener perpétuamente la existencia celada por esbirros, y la muerte pendiente de los brevajes de los envenenadores y de las artérias de los médicos; horrible compensación á la omnipotencia.

Estas melancólicas reflexiones debieron asaltar al Emperador Augusto, cuando al fin de sus días, preservándose de Livia como de siniestra sombra, corre secretamente á la isla donde él mismo ha confinado su nieto Pósthumo, y lo abraza y lo besa y le empapa el rostro de lágrimas, como si con aquella efusion quisiera contrastar todas las flaquezas de su voluntad y borrar la criminal aunque indirecta participacion que ha tenido en la muerte de todos los suyos. Mas ¿dónde irá Augusto, que no le siga la sombra de Livia? ¿Dónde se esconderá, que no le encuentre el ojo avizor de aquella ave nocturna? Livia está á su lado en el gabinete ó cubiculo de trabajo; Livia á su lado en la litera de paseo; Livia á su lado en los consejos del gobierno; Livia á su lado en el sueño y en el reposo. No es

más que un esclavo de Livia el señor de la tierra. Su esposa le tendrá en perpétua tutela, y con él tendrá en tutela á la humanidad: que tal es nuestra suerte cuando nos desasimos de las leyes y de las instituciones para entregarnos á la vieja arbitrariedad de los poderosos. Livia sabe que Augusto ha ido á ver á su nieto, y por lo mismo que todo lo sabe, no le pregunta nada á la vuelta. El mayor medio de gobierno que tenia la artera matrona se encontraba en sus muestras de subordinacion eterna al esposo imperial, y en su menosprecio de las apariencias del poder, bastándole por completo la satisfactoria realidad. Así ninguna investigacion imprudente sobre el viaje de Augusto. Pero desde que ha llegado á cerciorarse de su objeto, prepárale otro viaje más largo. Desde luego el único romano que acompañara al Emperador muere súbitamente. Y á la mañana del regreso, en los jardines de Nola, su mujer ofrece á Augusto el manjar por excelencia del verano en los campos meridionales, aquellos higos destilando miel que los atenienses ponian sobre todos los frutos de la tierra. Augusto los come con placer á pesar del estado de su vientre, y Livia le acompaña. Mas cualquier observador hubiera podido distinguir fácilmente que ésta cogia los higos para el Emperador de unas ramas, y los higos para sí de otras ramas de la fatal higuera.

Cuando Augusto sintió que se moría, llamó á los cortesanos y á los amigos presentes. En ningun nacido se cumplió como en él aquella sentencia, tal la vida como la muerte y tal la muerte como la vida. Viéndose pálido y demacrado, se compuso el rostro y se arregló los cabellos al espejo como una cortesana, fingiendo benévola y fina sonrisa. Hipócrita, artero, doble, astuto, reveló á la posteridad y á la Historia el juicio definitivo sobre su vida, que le pesaba en la conciencia. Republicano de nombre, dictador de veras; con todas las apariencias de la libertad en su gobierno y todas las fuerzas del despotismo en su persona; falsificando el tribunado y el consulado y la censura en una falsificacion gigantesca para que Roma pasara de la República á la tiranía sin advertir su paso, la vida de Augusto fué una prolongada comedia. Así lo confesó públicamente, y así concluyó pidiendo, á guisa de consumado actor, el consabido aplauso á su consumada habilidad en la representacion de aquella farsa.

Cuando hubo despedido á sus amigos, quedóse completamente

sólo con Livia, con su mujer y su verdugo. La obra de cuarenta años podía perderse para la matrona en cuarenta minutos. El ministro de su ambición era la muerte. Decretóla y expidióla inmediatamente al desterrado Pósthumo, que espiró el día diez y nueve de Agosto del año catorce de nuestra era, es decir, el día mismo que Augusto. Luego Tiberio estaba en Iliria cuando su predecesor iba á dejar este mundo. En el intermedio de uno á otro reinado podía renacer la República, que estaba como guardada en todos los corazones; despertarse la libertad, que estaba dormida, y no muerta; recordar el pueblo romano sus perdidos derechos; rehacerse el Senado y recuperar el gobierno; querer los patricios la ciudadanía y no la esclavitud, salir algun retoño de Bruto por aquellas cenizas tan fecundas en tribunos y en héroes. Livia mandaba correo tras correo á su ausente hijo, conjurándole para el pronto regreso y diciéndole que el pueblo debía saber á un tiempo la muerte del Emperador y la exaltacion de su heredero, á fin de que ni un momento pudiesen respirar libremente Roma y la tierra. Despues de haber acelerado la muerte de Augusto, quería detenerla, como si imperase en la Naturaleza cual en la sociedad imperaba. Sus ojos se suspendían á los ojos vidriosos, sus labios á los labios cárdenos, su pecho al pecho destrozado, los latidos de su corazon á los resuellos de aquel gran moribundo, como para darle un soplo de vida todavía con su aliento Augusto, que engañara á la tierra, vivió y murió engañado por una mujer artera. En la suprema hora, en la última agonía, debió sentir, para colmo de su engaño, que se doblaban la solicitud, el cariño, el pródigo cuidado de Livia. Y era porque Livia no habia contado bien el tiempo y se encontraba con una muerte algo prematura en la combinación de sus proyectos. Y Augusto perdía por completo el conocimiento, gritando que veía entrar cuarenta jóvenes en su cubículo y llevárselo en hombros. Pero luego recobró el conocimiento, invocó varias veces á Livia y bendijo el recuerdo de esta mujer amada, y recibió tranquilamente sobre sus párpados entornados el eterno sueño. Livia recorrió el cuarto en todas direcciones, se asomó á la cerradura de todas las puertas, y se dejó caer al pié de su esposo, decidida á no revelar su muerte hasta que no estuviera segura del próximo regreso de su hijo Tiberio. En cuanto su temor se ahuyentó, abrió las puertas de par en par, notificando

á los cortesanos que Augusto había espirado, y remitiéndoles el cuerpo. Mas habían pasado algunos días entre la muerte y la revelacion de la muerte. Así les entregaba un cadáver podrido y pestilente como el Imperio.

EMILIO CASTELAR.





Historia de una pavesa contada por ella misma.



CUENTO FANTASTICO

À MI QUERIDO AMIGO EL DISTINGUIDO ESCRITOR RAFAEL DE NIEVA.

¿Por que soy un miserable grano de arena me desprecias....?

I



ARREBATADA por el viento en vertiginosa marcha, voy volando, volando, y mis débiles partículas se estremecen, por que ya se consideran de un momento á otro disgregadas y convertidas en polvo..... ¿Y qué será entónces de mí?... Los distintos átomos que componen mi pobre cuerpo se separarán en diferentes direcciones, y al perder la conexion que á pesar de las diferentes trasformaciones que he venido sufriendo desde el origen de mi procedencia he conservado hasta el presente, llegaré al último limite que alcanza toda materia sobre la capa terrestre..... ¡cenizas!..... polvo vil....! Y yo quisiera antes poder relatar mi historia, enlazada por capricho de la sublime Naturaleza con otras muchas historias de objetos y personas.

¡Mi historia!.... Ya estoy viendo surgir en tu rostro burlona son-

risa que refleja desprecios y burlas: contigo hablo, rey de la creacion, ser orgulloso y altanero que te juzgas superior á todo lo animado é inanimado que te rodea: ¡á tí me dirijo, hombre!

Tú dirás: ¿Cómo esa miserable pavesilla que por milagro no pasa ya al estado polvoriento, atrévese á bravear alardeando atribuirse una historia?... Una historia!... Osadía rayana en los límites de la locura fuera pretender mezclar en tu insignificante aventurilla pues no otra cosa puede haber en tu existencia al ser más superior en el Universo despues de Dios, ¡al hombre! Ya te supongo avisado y protestando, al ver que yo me atrevo á replicar á tus argumentos; pero ni tus iracundas miradas, ni esa altanería que te conduce á la cólera me intimidan; antes por el contrario, sólo espero que esa fuerza superior que me arrastra me lleve á mi rinconcillo que me sirva de puerto de refugio, y júrote por mi fé, que entónces, mal que pese á tu orgullo y á tu ira, he de probarte que aunque pobre y debil partícula indigna—esto lo supondrás tú—de ser pisada por tu arrogante planta, sé tanto de ese mundo en que habitas, como tú; conozco sus dramas y sus sainetes; sus lágrimas y sus sonrisas; sus bajezas y sus abnegaciones; sus miserias y sus aparatosas y espléndidas manifestaciones.

En esa lucha de pasiones de que eres víctima sufres los embates de la desgracia, ó bien las oleadas de la dicha inundan tu alma; pero como no puedes hacerte superior á tan encontradas sensaciones, luchas y te revelas y desgastas tu espíritu en esa batahola informe en que flotan esperanzas, decepciones, dichas, amarguras y otros mil gérmenes de antagonismos que te destruyen. ¡Y tú no sabes dominar estos diferentes sentimientos!... Yo, por el contrario, como no tengo ese don que á tí te ha concedido la Naturaleza—al dotarte de un espíritu dispuesto para esas luchas todo lo soporto; todo me sobra y todo me falta, pero tranquila cumpla mi destino, y sin alardes ni vanidades te ofrezco siempre mis servicios; recogí tus lágrimas y tus sonrisas, y en mi seno guardo todo lo que depositaste en mí... Yo sé más que tú, por que supe siempre callar todo lo bueno y malo que te ví hacer, ayudándote muchas veces sin retribucion alguna. ¿Lo dudas?... Pues espera, espera, por que no muy lejos veo un muro contra el que debo estrellarme, y si consigo salir ilesa de este choque, y al caer en-

cuentro un sitio donde pueda descansar, ya te diré algo que abone la razón de mis razones.

¡Al fin!... ¿Lo ves?... Ventajas de mi pequeñez; tú, en mi lugar, acaso te hubieras estrellado; pero yo, como soy tan ligera he conseguido salvarme, y héteme aquí en un huequecillo que me ofrecen dos piedras. Siento sobre mí el miedo del huracán, pero estoy tranquila, porque Dios ha querido que alcanzara este escondrijo—que espero ha de proteger mi ya débil y cansada existencia siquiera algunos momentos—para que pueda referirte mi historia, que de seguro ha de interesarte por ser fiel reflejo de la tuya, y concluido que sea, convendrás conmigo y esclamarás: «La historia del hombre y la del último átomo del Universo, sólo se diferencian en la forma; en el fondo son exactamente iguales».

Así dijo la pobrecilla pavesa, y cual si en aquel momento Dios hubiera oído sus deseos, cesó de rugir el huracán, y la calma más apacible ofreció á la escondida viajera un tranquilo ambiente en el que pudo esencharse con claridad su vocecilla: Oigámosla pues.

II.

Mi origen es vegetal: Ignoro cómo fué—y no te estrañe porque tú, con toda esa superioridad de que blasonas eres ignorante en este punto—pero es lo cierto, que cuando yo me di cuenta de que existía, contempléme formando parte de una mata de lino; me sentí agitada por suave brisa, y un rayo de sol hermoso y tibio descendió sobre mí, inundándome de luz y calor; y como quiera que al levantar los ojos hacía arriba para saber de dónde venía aquella sensación que daba fuerza á la sávia que corría por mis venas contemplé esa espléndida bóveda tan azul y diafana, hube de experimentar una emoción que me hizo palpitar de gozo, y mientras interiormente exclamaba «¡bendito sea Dios!» una lágrima de gratitud resbaló por mi verde tallo. Más tarde, supe que aquello que yo juzgaba lágrima era una gota de rocío.

En esta primera etapa de mi existencia, muy parecida á lo que vosotros llamais en vuestro mundo, niñez, disfruté de una tranquilidad muy pocas veces turbada.

Rayos de luz, brisas suaves, gorjeos de alados seres que algunas

veces buscaban refugio fresco y seguro en el húmedo rincón donde yo crecía; zumbidos de insectos de variados matices y colores que pululaban por doquiera; cánticos sencillos y melancólicos que el pobre campesino lanzaba al espacio, sin duda para olvidarse de su ruda y penosa tarea; algunas veces implacable viento que amenazaba tronchar mi débil tallo; y otras, abundante lluvia que me calaba hasta la más escondida fibra de mi sér.

Toda esta mezcla de sensaciones de que hoy me doy cuenta de una manera vaga, constituyeron el ambiente en que por decirlo así, se desarrollaron mis juveniles años. Lo que no se me olvida nunca es la venerable faz del viejo labrador que afanoso cuidaba el campo en que yo naciera, con un interés y solicitud que, envidiaría para el entretenimiento de sus más preciadas galas, la más encopetada de esas coquetas esclavas de la moda que, confían su abundante y variado vestuario á una inteligente doncella.

Del mismo modo que el niño tiene sus infantiles juegos, también yo tenía los míos; y era de ver cuando alguna pintada mariposa se posaba sobre mí, como yo me agitaba suavemente al soplo de la brisa y me entretenía en columpiar á la elegante intrusa que, cansada por fin de aquel balanceo se alejaba revoloteando, no sin dejar antes entre el ligero vello que apuntaba en mi dorso el dorado polvillo de sus alas. Otras veces, enlazábame con algunas de mis compañeras, y juntas nos agitábamos, unidas caprichosamente, y nos sorprendía el sueño y nos despertaba la aurora en aquella misma posición. No recuerdo como fué; pero del mismo modo que el niño se convierte en hombre sin darse cuenta de ello, cierto día me sentí arrancada del rinconcillo que me viera nacer; experimenté en todo mi cuerpo una sensación de frío que me hizo perder el conocimiento quedándome completamente aletargada, y cuando volví en mí, halléme convertida merced á la industria del hombre—que soy la primera en admirar—en finísimo hilo.

Algun tiempo tardé en reconocerme, pues el cambio había sido tan brusco como radical, pero al fin vibró en mis moléculas el recuerdo de lo que antes fuí, y al pensar en mi pasada independencia me faltó muy poco para llorar. Aquí empieza lo verdaderamente interesante de mi historia.

Me llevaron á un taller donde innumerables máquinas funcionaban con un ruido que me aturdió en los primeros momentos. Me

entregaron á un jóven de pálida tez, ojos espresivos y aspecto enfermizo, que en muy poco tiempo me hizo formar parte en un telar de un lienzo finísimo y blanco.

Aquí empecé á conocer al hombre, y ciertamente que el recuerdo de este hijo del trabajo quedó grabado en mi corazón—si es que á un pedazo de tela le está permitido tener corazón. Por las palabras que mi trasformador pronunciaba de cuando en cuando, llegué á saber su triste historia. No tenía más familia que su anciana madre, y el único apoyo de ésta, era el pobre y honrado obrero. Este ganaba un exíguo jornal, y una terrible y penosa dolencia le consumía poco á poco. El se sentía cada vez más débil, y al propio tiempo, procuraba hacerse superior á la enfermedad que le iba consumiendo lentamente, por que ¿qué sería de su pobre madre si faltaba el recurso pecunario?... ¡Cuántas lágrimas se deslizaban por las mejillas del infeliz obrero!... Alguna cayó sobre mí, y puedo dar fé de su amargura.

Confieso que el primer paso que dí en este tan decantado mundo me produjo muy desagradable impresion.

Me separé con tristeza de aquel desgraciado jóven, y sin duda para que yo pudiera meditar á mis anchas sobre lo que acababa de ver y oír, me enrollaron y empaquetaron cuidadosamente, y fuí á parar á un oscuro rincón, que me sirvió de calabozo, en castigo sin duda de haber tenido la osadía de compadecer á un hombre.

III.

Al fin me sacaron de aquella oscuridad, y figuraos mi sorpresa y admiracion al verme colocada en un lujoso escaparate entre finísimos encajes y objetos mil á cual más fantásticos y hermosos. A poder ser, hubiérase visto el rubor de mi semblante, pues avergonzada y confusa, no me consideraba digna de tan espléndida compañía. Pasada la natural confusion de los primeros momentos, empecé á sentir una impaciencia grande y un anhelo cada vez más frecuente, pues ansiaba conocer de cerca aquel mundo que yo veía desfilar por delante de mi trasparente cárcel. Mujeres hermosas y elegantes, apuestos donceles, costurerillas de cara risueña y picarescas miradas; ancianos respetables, mujerucas desahapadas, miserables mendigos; todo en fin, cuanto constituye lo

alegre y lo triste, la abundancia y la privacion, la juventud y la ancianidad, lo hermoso y lo horrible se presentaba ante mi asombrada vista. Pero cuando la noche avanzaba y las alegres luces del escaparate se extinguían, al acordarme de todo cuanto había visto durante el día, tales ansiedades se despertaban en mí que, desvelada y pensativa sentía pasar lentas las horas, y mi único deseo era que se acortase el tiempo, para ver la claridad del Sol, y con ella la animacion de aquel mundo objeto de mis anhelos.

Recuerdo que una tarde hallábame medio dormitando, cuando una voz argentina y suave me despertó. ¡Cuanto sentí en aquel momento no estar dotada de una fisonomia capaz de manifestar las impresiones del alma!... La más encantadora y graciosa cara que podeis figuraros en una muchacha de diez y nueve ó veinte primaveras aparecía al otro lado del escaparate entre los reflejos de un sol que, no brillaba tanto como la luz de aquellos negros ojos. Iba la jóven acompañada de una respetable señora y ambas me miraban mucho. Por fin se decidieron, entraron en el comercio á donde la suerte me había llevado, y no se que presentimiento me asaltó pero es el caso que debí entremecerme de alegría porque una mosca que se había posado sobre mi suave epidermis alzó repentinamente el vuelo y se alejó zumbando. ¡Me vienen á buscar!—dije para mí—¡Van á sacarme al fin de esta prision!... ¡Voy á conocer ese mundo que tanto escita mi curiosidad!...

No me equivoqué: sentí con delicia que las ásperas y nudosas manos de un dependiente me cogieron con cierta delicadeza, y al poco rato, me ví en el mostrador delante de aquella hermosa niña y... ¡oh felicidad!... sus finisimos dedos me palparon y estrujaron á su sabor produciéndome un goce inefable. Despues de una ligera discusion acerca del precio en que había de pasar á poder de mi linda compradora, fui separado de la pieza que formara parte, y aquí empecé á sentir el primer disgustillo que espermenté en vuestro mundo, pues al fin me apartaron de otros fragmentos que hasta entónces habian vivido en mi compañía, y el ruido seco que produjo la tijera al separarnos, llegó á mi corazon como el eco dolorido de un triste ¡adios!..

El bullicio y la animacion de la calle, y la alegría de mis nuevas poseedoras lograron hacerme olvidar el sentimiento un tantico

triste que me dominaba, y me dispuse á entrar con ánimo y decision en mi nueva vida.

¡Cual no sería mi satisfaccion y alegría, al saber que iba á tener la altísima honra de formar parte del espléndido *trousseau* de una novia!...

IV.

Halléme unida á cierta prenda íntima de la mujer y quiso la suerte colocarme cerca del corazon de aquella hermosa criatura. De este modo, supe muchas cosas, y averigué lo que piensa y siente una doncella cuando llega el momento de unirse á un hombre, á quien ama, en indisolubles lazos.

¡Qué existencia la mia en aquellos tiempos!... Sonrisas de amor, tiernas caricias, luna llena de felicidades y dulces esperanzas para el porvenir..... ¡Qué dichosa y feliz era yo en aquellos dias de inolvidable memoria!.... Más adelante, presencié y fui muda testigo del sublime amor de una madre, de la dicha de un padre y de la sonrisa de un ángel, sin duda bajado del cielo con permiso de Dios, para venir á completar ese cuadro del matrimonio que, no brilla con el verdadero colorido, si falta el fruto de bendicion..... ¡Qué feliz, qué feliz era yo, viendo la felicidad de los que me rodeaban!....

Pero al fin, todo pasa en esta vida y consideró mi dueña que yo no era ya digna de seguir resguardando sus encantos y, ¡oh decepcion! fui á dar en manos de una záfia y robusta alcarreña que me acogió con inusitada alegría. ¡Lo que vá de tiempos á tiempos!.... De la atmósfera esplendente y perfumada en que hasta la fecha habia vivido, pasé á otra oscura y ahumada y la picante esencia de ajos y cebollas me hacían llorar de rabia al recordar mi delicioso pasado. ¡Y qué diferencia por lo que á la personalidad atañe!.... ¡Qué contraste!.... El corazon de aquella mujer, sólo palpita ba á impulsos del movimiento de la materia, sin que en sus latidos entrase para nada el espíritu, y efecto del escesivo desarrollo de aquel cuerpo voluminoso, yo sentía cómo se desgarraban otros fragmentos de la prenda de que formaba parte. ¡Qué existencia tan prosáica!.... Solo me conceptuaba feliz cuando iba á pasar á manos de la lavandera, porque de este modo aseguraba mi pulcritud y limpieza por algun tiempo. Entónces comprendí que no todo

en este mundo es como vosotros deseais, y me alegré de no haber nacido ser animado, para no tener que revelarme de palabra y obra contra lo que Dios dispone.

Llegó un momento en que la maritornes mi dueña conceptuóme inservible y como todo en esta vida está sujeto á una escala infinita de categorías—pues no hay malo que peor no admita—di con mis hilachas en el escuálido cuerpo de la aguadora de la casa, que respondió con un «Dios te lo pague» á la oferta de la hombruna alcarreña.

Ya conforme con mi nuevo destino—pues al ménos tuve el consuelo de saber que iba á prestar mis servicios á una pobre criatura—lancé un suspiro, que nadie oyó por supuesto y me despedí de aquella casa, en la que tan opuestas posiciones habia ocupado. Recuerdo que al bajar las escaleras tropecé con la encantadora belleza que me habia llevado sobre su corazon en otros felices dias. ¿Qué agena estaba ella, de pensar que, aquel remendado trapo que estrujaba entre las manos la harapienta aguadora habia sido testigo de la más sublime crisis porque atraviesa la mujer!... Pero esta es ley general á que el género humano que se juzga superior á todo está sujeto. Despreciar lo que considera inferior á sí mismo sin detenerse á filosofar un poco acerca de la trascendencia que suelen tener en esta vida las cosas más insignificantes. ¿Quién se preocupa de la humilde piedrecilla, que rueda por el talud de la montaña?... ¿Qué representa una gota de agua, ó un grano de arena, ante la inmensidad del Océano ó la vetusta mole de granito?

No podré limitar el tiempo que viví entre harapos y miserias, pero puedo asegurar que allí logré aprender muchas cosas útiles. El destartalado y humilde chirivivil, oscura vivienda de mi nueva poseedora, era muchas veces teatro, en el que se representaban escenas de felicidad y alegría. ¿Felicidades en aquel antro miserable? Ya os supongo haciéndome esta pregunta asombrados de que tal cosa, fuera factible. Y apesar de todo, aquella mujer era feliz. Yo la veía alimentarse pobremente, pero tan pobremente, que, asombrábame pudiera resistir un trabajo corporal tan rudo; y sin embargo, jamás ví lágrimas en sus ojos, ni en su frente la menor sombra, que indicara preocupacion ó tristeza. La tranquilidad de su sueño, muchos potentados la envidiarían porque el resplan-

dor de una conciencia pura se reflejaba en su semblante. Allí, pues, aprendí á conocer que no sólo se encuentra la dicha entre el esplendor y el fausto; alguna vez, tambien existe en la humildad de la pobreza. Es cierto despues de todo, que aquella mujer tenía mucho adelantado para ser feliz, ó por lo ménos indiferente, porque era sólo en el mundo y jamás conociera afecciones de cierta clase.

Me estremezco al pensar en la nueva etapa de mi vida, de que voy á daros cuenta.

La prenda de que yo formaba parte se convirtió por desdichamía en un conjunto de remiendos y girones, y una vez convencida mi dueña de la inutilidad de aquellos pedazos de averiada tela, tuvo por conveniente rasgarlos, y despues de arrojar aquellos que conceptuó inservibles, yo tuve la suerte de ser cuidadosamente envuelta con otros retazos aprovechables, y cátame en el fondo de un desvencijado baul, haciendo compañía á una porcion de cachivaches que á juzgar por el miserable polvo que á guisa de canas cubría sus ajados exteriores debían de llevar mucho tiempo en aquella prision. Por lo que pude entender, todas aquellas antiguallas estaban allí relegadas al olvido; lo cual viene á demostrar una vez más, que los objetos lo mismo que las personas, cuando no sirven para nada, se les abandona en el más oscuro rincon, no sin decirles antes y por vía de consuelo «por ahí te pudras.»

En aquella triste situacion sentí pasar dias y más dias, sin que el ruido más insignificante del mundo exterior, viniera á turbar aquel silencio de ruinas. Una noche llegué á horrorizarme y temblé por mi existencia harto debilitada á fuerza de la humedad y el frio. Figuraos que un ratoncillo no encontrando qué comer en aquella destartalada vivienda, dió con el escondite en donde yo me encontraba, y como á buena hambre no hay pan duro, comenzó á zamparse con el mayor entusiasmo todo aquello á que podíaincar el diente. Yo temblaba, y cualquiera en mi lugar hubiera hecho otro tanto, pues figurábame ya sentir como se desgarraban las fibras de mi ser al contacto de aquellas afiladas puntas de marfil. ¡Valía más no haber nacido para venir á parar en esto!... Así me lamentaba, y más mi desesperacion crecía al acordarme de mis buenos tiempos, cuando yo ostentaba toda mi juventud y belleza entre los mil objetos de arte y las luces de aquel alegre escaparate. ¿Qué habria sido del resto de la pieza á que pertencí?...

¿Aquellas moléculas de mi propia especie tendrían reservado más brillante porvenir?...

Otras veces acudía á mi pensamiento el recuerdo de aquella fábrica en donde me dieron la forma actual, y sobre todo, del joven obrero de pálida tez y aspecto enfermizo que lloraba al acordarse de su anciana madre. ¿Recobraría la salud? ¿Sería feliz?..

También los pasados días de mi tranquila infancia despertaban alegres recordaciones que muy pronto se convertían en amarguras ante la decepcion del presente. ¡Oh!... ¡el pasado!... Si pudiera volver á él, no ambicionaría de nuevo conocer este mundo en que todo lo suponía tan de color de rosa. Conformariame con vivir siempre en aquel ignorado rinconcillo, contemplando los rayos del sol, aspirando la dulce brisa, y jugando con la revoloteadora mariposa que dejaba en mi tallo el dorado polvillo de sus alas.

¿Estoy soñando ó despierta? Así exclamé en presencia de una hermosa claridad que me deslumbraba y al ver que la nudosa y áspera mano de mi aguadora se permitía sacarme de aquel malhadado encierro. Pero no, no soñaba, y ante aquella realidad, sentí abrirse todos mis poros y experimenté una deliciosa sensacion que me precipitó á la concepcion de las más halagüeñas esperanzas. ¿A qué feliz casualidad debía la inefable dicha de recobrar mi independencia? Confieso que, pasados los primeros momentos y despues de hecha esta pregunta quedéme pensativa y preocupada. En efecto no debía cantar victoria tan pronto porque ¿quién me aseguraba que no iba á perder en el cambio de posicion? No tardé mucho sin embargo en saber á que atenerme, y en parte recobré la perdida tranquilidad, por más que mi destino presumia yo que no se presentaba muy de color de rosa.

CONTINUARÁ

JACOBO SAN MARTIN.





APUNTES PARA UNA HISTORIA
DEL
TEATRO ESPAÑOL ANTIGUO.

ANTONIO ENRIQUEZ GOMEZ.

IV.
AMOR CON VISTA Y CORDURA.



Esta obra, que demuestra más conocimiento del teatro que *A lo que obliga el honor* y *A lo que obligan los celos*, es, sin embargo, peor que ambas. Hay en ella buenas combinaciones dramáticas; pero es tan falta de interés y de novedad en su desenlace, que al terminar no puede el público por ménos de exclamar: «no merecía gastarse tanto tiempo para un desenlace tan inesperado por demasiado conocido.» Y ¡qué lástima! hay situaciones de las que el autor de *El siglo Pitagórico* y *Vida de D. Gregorio Guadaña* podía haber sacado gran partido. Los dos encuentros de Felisardo con Cloriana y el Príncipe Cómodo, y la escena de la ronda se prestaban á más interes del que hoy tienen.

La comedia y su argumento están reducidos á lo siguiente: Fe-

lisardo está enamorado y es correspondido de Cloriana, de la que á su vez se halla enamorado el Príncipe Cómodo. El Emperador Marco Aurelio quiere casar á Felisardo, sobrino suyo, con la Princesa Nise que está enamorada de éste. De tal diferencia de amores y de las venganzas de Cómodo y Nise, y debilidades de Faustina, mujer del Emperador, y gatuperios y mala fé de Liron y Elena, nace la complicacion para terminar la obra sin justificar el título, ni la accion, ni la existencia de los personajes.

La escena pasa en Roma, y su enredo es originado por la autoridad absoluta del Emperador Marco Aurelio, el cual aparece como de un carácter justiciero y en disidencia con la Emperatriz y su hijo Cómodo.

Cloriana, heroína de la comedia, muestra un carácter sostenido y apasionado, y, aunque reservado por querer siempre presentar limpios su honor y su pasion, es muy bello. Marco Aurelio es grave. Faustina débil con su hijo, y uno y otro están presentados con poca verdad histórica. Felisardo es un amante incomprensible. Los demás personajes no hacen mas que ligar la trama, y Liron, hermano carnal de Gilote, presenta algun interés por lo conceptuoso.

En su versificacion, que es buena, no hay un trozo que merezca citarse como modelo de poesia. El gongorismo y el culteranismo más exagerados dominan en ella, y conste que á no ser por esto no escasearían las bellezas, aunque poco elevadas.

Hay en boca de Felisardo una relacion que apesta; oscurísima y cargante por demás, y todo para decir cómo salvó—*á la que fué del Sol sacro Factonte que montada en la del Sol animada fortaleza fué á visitar el húmedo tridente por que los brutos que tiraban con destreza del fuego salpicados con instinto visitaron del agua el laberinto*—á Cloriana, que estuvo á punto de ahogarse en el Tiber.

Aunque afectados de igual vicio, traslado los cuatro versos en que se refiere á dos enamorados que están á oscuras:

Mira cuál están los dos
diciéndose los requiebros
á oscuras, que las palabras
son luces de los ingenios.

Este pensamiento, aunque sutil, no deja de ser delicado:

Alargo el paso por salvar el miedo.

siendo tan leve y quedo
el movimiento con que amor volaba
que aun el aire no supo si pasaba.

Y este otro:

Que cuando el alma vive con recelo
de antorcha le ha servido su desvelo.

La relacion en donde se hallan estos rasgos es pesada.

Cito, por no haberla visto nunca empleada, la palabra *sombrahuete* y por la imitacion.

Aprended flores de mi, etc.

los versos de Liron:

Corredores de los gustos,
zurcidores del amor,
reparad y ved en mi
lo que vá de ayer á hoy,
que ayer alcahuete fui
y hoy *sombrahuete* no soy.

La segunda jornada, que pasa en el palacio del Rey de Hungría empieza con una complicacion ingeniosa. La relacion de Cloriana es larga y no mal versificada. La del Emperador más larga y peor, salvo los siguientes versos:

Si yo estudio, te paseas;
y si gobierno, te enojas;
si hago paz, publicas guerra;
si la quiero, no la apoyas;
si hago justicia, te pesa;
si la executo, te azoras;
si voy al templo, murmuras;
si al Senado me deshonoras;
si á la campaña, me culpas;
si á la ciudad, no la gozas;
si al palacio, me persigues;
si castigo al malo, lloras;
si premio al bueno, te ofendes;
si soy severo, me notas;
si alegre, me lisonjeas;
si yerro, me galardonas;
si acierto, me reprehendes;

y de una manera y otra
ni á los vicios pones rienda
ni á las virtudes perdonas.

Hé aquí el terceto con que termina un soneto en que Cloriana dice que renunciaría á la vida sino amase á Felisardo:

Pues para no gozar mi prenda cara,
al alma de mi parte le dijera
que sin amor al cuerpo no tornara.

En la jornada tercera, la tercera escena está bien preparada. Liron llama á la noche oscura *noche robada de estrellas y luceros*. Está bien preparado el encuentro de los robadores y robados con el Rey y la ronda; pero ¿á qué viene todo, para terminar con el casamiento de Felisardo con Cloriana, por medio de una vaga y bella relacion en que esta declara al Emperador cómo nacieron sus amores?

Hay al final de la comedia un índice de Poesías varias en cuatro *Academias morales de las musas*, que incluye una comedia en cada una, y son: *A lo que obliga el honor*, *La prudente Abigail*, *Contra el amor no hay engaños* y *Amor con vista y cordura*. En la Academia primera hay un soneto titulado *A quien ama aborrecido*, parecido á otro de la Princesa Nise.



V.

CELOS NO OFENDEN AL SOL.

Parece mentira que *Celos no ofenden al Sol y Contra el amor no hay engaños* sean del mismo autor que *A lo que obliga el honor y Amor con vista y cordura*. Ninguna de las condiciones dramáticas que á aquellas adornan hay en éstas; ningun momento de la inspiracion culterana en que éstas tanto abundan hay en aquellas.

Algo dividida la accion, el poeta se ve obligado á amontonar accidentes y casos imprevistos en el último acto para justificar el título, que, apesar de todo, es tan rebuscado como los de la mayor parte de las obras de aquellos enrevesados ingenios.

Es comedia, y su argumento está basado en la ambicion de Federico, sucesor del Rey de Sicilia, en donde tiene lugar la accion.

El argumento es como sigue: Federico, que aspira á suceder al Rey de Sicilia, ha encerrado en un calabozo á Alejandro, porque éste conoce sus planes conspiradores, y para conseguir más el apoyo de la Reina hála descubierto que Rosaura, su dama, tiene amores secretos con el Rey. Este, que aprecia á Alejandro, consigue libertarlo, y en su lugar coloca preso á Federico, elevándole al más grande empleo de su reino, no sin ántes casarle con Rosaura. La reina recela al ver este matrimonio; complicase la accion en el tercer acto; desenlázase con la misma facilidad, y termina la obra perdonándose todos mutuamente.

No me satisface ninguno de los personajes: no son ninguno de esos caractéres que quedan señalados como modelos, sin que por esto los halle yo despreciables. El carácter de Federico es artero; él lleva el argumento de la comedia; así que, para el desenlace, se hace precisa la confesion de sus culpas, ó, diciendo mejor, crímenes, pues es drama que abunda en ellos. Rosaura, amada y esposa de Alejandro, es el personaje más noble de la obra, sin em-

bargo de aparecer con las mismas condiciones el Rey y su esposo. En el carácter del Rey hay una magnanimidad extremada al perdonar y volver á su gracia á Federico, que intenta asesinarlo y que es contrario en todos los accidentes del drama.

Escenas hay muy interesantes y oportunas; verso fácil, claro y natural; en algunos sitios correccion y fluidez y en pocos verdadera poesía.

En la jornada tercera, que es sin disputa la mejor de todas, hay, en boca del gracioso Julio, la siguiente censura del matrimonio:

CAMILA.

Tan malo es el casamiento?

JULIO.

Para vosotras no es malo,
ni jamás lo puede ser,
que es Sacramento Sagrado:
mas dime por vida tuya:
¿quién no se muere de espanto
de entrar al anochecer
en su casa bueno y sano.
y escuchar:—De dónde viene?
—es tarde?—Las doce han dado.
—Las doce, siendo las nueve?
—Qué breves las ha pasado!
Ahora dieron las ocho.
—Dice bien, pues no cenamos?
—Cenar?—Si—Pues para qué,
si se sabe que ha cenado?
—Acabemos.—Siéntese.
sentado esté con mil diablos.
—Que no sazone esta moza
eternamente el guisado.
—Diga que gana no tiene,
y no ponga culpa al plato.
—De beber.—Segun él bebe,
parece comió salado.
—Mujer del demonio, calla
si quieres, que estoy cansado

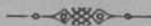
de escucharte.—Yo de oírle.
—Quién es?—Yo soy.—Mi cuñado?
—Sí.—Entre usted.—Yo la tía.
—Yo el padre.—Vayan entrando.
Y entran cosa de cuarenta.
De qué estás, Leonor, llorando?
—De qué he de llorar?—De qué?
—De que no viene temprano.
—Tiene razon.—No la tiene.
—Sois un perdido.—Es engaño.
La madre:—no la crié
para semejantes tratos.
El padre:—siempre yo dije
que erais hombre temerario.
El cuñado:—vive Dios,
que no sé quién ha ganado.
La tía:—no merecisteis
ni áun descalzarla un zapato.
La mujer:—ya alegremente
todo el dote me ha gastado.
—Quién rábia?—El niño que llora.
—Quién grita?—Son los criados.
—Válgate el diablo la casa;
váyanse con treinta diablos.
—Idos vos, que yo no quiero.
—¡Jesús! la daga ha arrancado.
La moza:—señor, señor!
El mozo:—déle el cuñado
vuesa merced si es servido.
—No hay justicia?—No hay vicario.
—Divorcio quiero pedir.
—Yo me doy por divorciado.

CONCLUIRÁ
FERMIN HERRAN.





Crónica Local



Estamos en el Ateneo.

La concurrencia es verdaderamente extraordinaria.

La Junta Directiva, ha tomado el buen acuerdo de celebrar una velada literario-musical para conmemorar el 23 de Abril de 1616, día en que, como todo el mundo sabe, bajó al sepúlcro el Príncipe de los Ingenios Españoles, Miguel de Cervantes Saavedra.

El día 23 de Abril del año actual, la Iglesia Católica conmemoraba la muerte del Redentor del mundo, y á esta coincidencia fué debido, que la velada no se celebrase hasta el 28 del propio mes, velada que, tanto por el objeto que tenía, cuanto por la brillantez que revistió, me complazco en relatar, siquiera sea á la ligera y por delegacion especial de mi querido amigo el *Padre Cantalaplana*.

*
* *

Prévia la sinfonía de ordenanza, el comandante de infantería D. Luis Fernandez Sartorius, con sentidas y levantadas frases, trazó á grandes rasgos la azarosa existencia del preclaro complutense, en honor de quien la velada se celebraba; leyendo á continuacion una larga y magnífica poesía cuajada de elevados pensamientos, titulada «*Aniversario 270 de la muerte de Cervantes,*» por lo que fué muy justamente aplaudido.

D. Rafael Arjona, aficionado de primera fuerza, ó, mejor dicho, verdadero cantante en la acepcion artística de la palabra, cantó, acompañado al piano por el maestro Rodriguez, la serenata de *Fausto*; y la romanza de bajo de *Dinorah* siendo en ambos números estrepitosamente aplaudido, tanto por la buena escuela de canto que posée, cuanto por su agradabilísimo torrente de voz.

El catedrático del instituto, D. Eduardo Fuentes, ya que no pudo asistir á la velada por hallarse enfermo, remitió al Sr. Presidente unas poesías humorísticas, que, leídas por el Sr. Fernandez Sartorius, consiguieron excitar la hilaridad del público y buen número de aplausos.

La señorita doña Benigna Uliverry, distinguida aficionada que tan notablemente contribuye á la realización y buen éxito de cuantas veladas se celebran en el Ateneo de Logroño, cantó, acompañada al piano por don Luis Olavarrieta, la preciosa cavatina de la zarzuela del malogrado Gaztambide «*El estreno de un artista*» y una romanza de «*Los Diamantes de la Corona*» con la afinación y buen gusto á que de siempre nos tiene acostumbrados, siendo con justicia muy aplaudida.

El comisario de guerra de primera clase de esta plaza, D. Jacinto Hermúa, cervantista *enragé* como lo prueba el haber dado á la prensa un buen escrito folleto con el siguiente título «Cervantes Administrador Militar» no podía dejar de tomar parte en esta solemnidad, y al efecto, leyó dos bien escritas poesías, una titulada «*A Cervantes,*» y otra «*Cervantes y su siglo,*» que merecieron el aplauso unánime de todos los concurrentes.

Los dos últimos números del programa, en sus partes primera y segunda estuvieron encomendados á la señora Corona de Hijo, esposa del vicepresidente del Ateneo y arquitecto de esta localidad, nuestro particular amigo D. Maximiano. Un precioso y elegante wals del maestro *Arditi*; y una barcarola de la zarzuela de Arrieta «*El Grumete*» cantados por la señora de Hijo con sumo gusto y maestría, fueron justificado motivo de la salva de aplausos que al final de cada número tributaron á la distinguida señora.

Que todos, absolutamente todos, han tratado y conseguido hacer pasar á cuantos tuvimos el gusto de oírlos una agradabilísima velada, no hay para qué decirlo. LA ILUSTRACION DE LOGROÑO entusiasta como el que más de las glorias nacionales envía á cuantos directa ó indirectamente han tomado parte en aquella solemnidad dedicada á enaltecer la memoria del primer escritor satírico que han conocido los siglos, su más cordial felicitación, y tiene el sentimiento, y á la par la satisfacción de hacer constar, que, si para casi todas las poblaciones importantes de España, el 270 aniversario de la muerte del gran Cervantes, ha pasado desapercibido, el pueblo de Logroño lo ha tenido bien presente, y lo ha sabido honrar, de la manera que los pueblos cultos honran la memoria de sus hijos ilustres.

*
* *

Al día siguiente de la fiesta del Ateneo tuvo lugar un baile de confianza en los salones del Círculo Logroñés.

Nada en él ocurrió digno de especial mención, ni que pueda servir de pasto à la insaciable voracidad de un revistero de provincia de 3.^a clase.

Decir que hubo animacion.

Que el salon estaba convenientemente decorado, y,

Que la sencillez de los trajes del sinnúmero de bellas y distinguidas señoritas que à él asistieron, sólo servían para prestar más realce á sus naturales encantos; esto no es más que decir lo que todo el que haya visto un baile en nuestro Casino se vé obligado á confesar.

*
* *

La publicacion de un libro, cuando el libro es bueno, es siempre un acontecimiento.

Añádase á esto que el autor es de Logroño, y que me ha remitido un ejemplar con una dedicatoria, tan honrosa para mí como inmerecida, y díganme ustedes, si en conciencia no debo, cuando ménos, hacer constar quién sea el autor de este libro y de qué en él se ocupa.

Historia de la Virgen de Valvanera: he aquí el título de la obra últimamente publicada por nuestro querido amigo y paisano D. Hipólito Casas, docto catedrático de literatura en la Universidad de Zaragoza. Escrita en un castellano correcto y elegante, y sin salirse un ápice de los aledaños del dogma católico, el Sr. Casas hace un estudio tan minucioso como detallado de todas las vicisitudes porque ha atravesado la milagrosa imagen de Valvanera, suministrando al lector al propio tiempo, tal caudal de conocimientos, sobre algunos puntos de la historia de Rioja, que creo poder asegurar, sin temor de equivocarme, que el libro del Sr. Casas no sólo lo adquirirán las personas de ideas religiosas, sino todas las que tengan verdadero interés por las glorias de nuestro país. Mi enhorabuena, Sr. D. Hipólito, y con ella el testimonio de eterno agradecimiento.

*
* *

En el trato social nada revela más á las claras el talento de una persona, que el saber transigir con el parecer de los demás dispensándoles sus errores.

*
* *

Una mujer hermosa, pero sin talento, es un diamante americano.

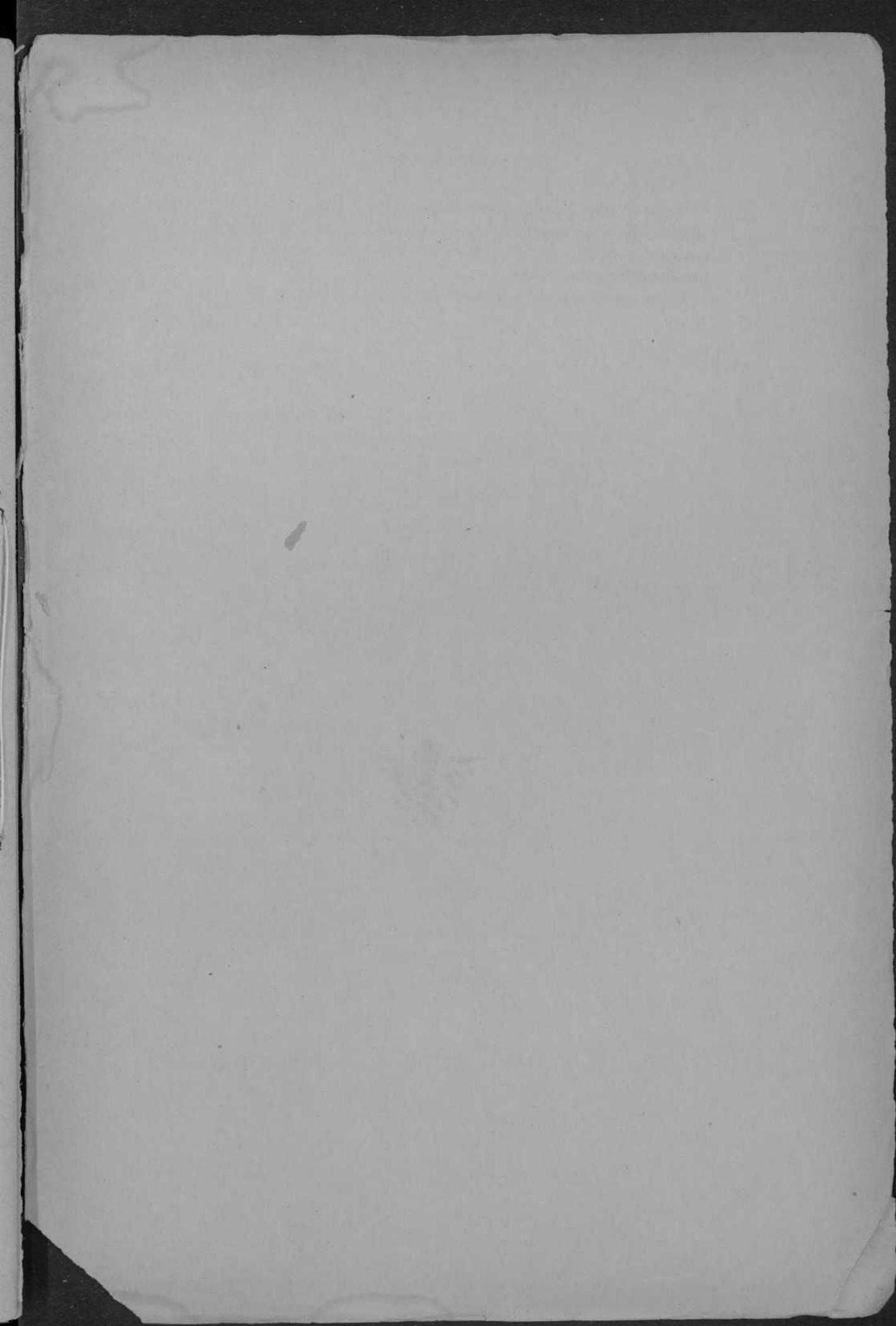
*
* *

Jamás he podido convencerme de lo que dice *Houssaye* esto es, que hay mujeres, que son como las letras de comercio, que cuantas más firmas llevan más valen; para mí, el valor de una mujer, está en relación inversa del número de firmas que lleva.

Y creo que habrá muchos que abunden en la opinión de

EL PADRE CASTO.





Condiciones de esta Publicacion.

Esta ilustracion-revista se publica los dias 15 y 30 de cada mes, en cuadernos elegantemente impresos de más de 40 páginas con su cubierta de color. Contiene artículos de ciencia y arte, revistas y crónicas especiales de todos los acontecimientos notables, novelas, críticas de libros y de obras artisticas, biografias de hombres célebres, etc.; y regala á sus suscritores magnificas fotografias de hombres notables y de monumentos de la provincia.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN LA PROVINCIA		FUERA DE LA PROVINCIA.	
Un mes.	1 peseta.	Tres meses.	5 pts.
Tres meses.	3 "	Ultramar, medio año. . .	10 "
Un año.	12 "	Extranjero, un año. . .	25 "

Seccion de Anuncios

Podemos ofrecer á los que nos favorezcan con sus anuncios la insercion en trece periódicos de trece provincias que son: Alava, Burgos, Vizcaya, Valladolid, Logroño, Navarra, Guipúzcoa, Santander, Astúrias, la Coruña, Zaragoza, Valencia y Madrid, á precios fabulosamente económicos.

En la Administracion se darán más detalles.